
De la política a la cultura: buscando la identidad de género en Chile

Desde que Julieta Kirkwood escribiera sus libros sobre la participación de la mujer chilena, logrando hacer visible los problemas y malestares presentes en su práctica como militante o como persona integrada a la sociedad y a la política nacional ha pasado mucha agua bajo el río, quizás demasiada.

No es una casualidad que su trabajo que se constituye en un hito del pensamiento feminista nacional, se centre y piense a la mujer a partir de la política. Si bien es cierto que *Ser Política en Chile* (Santiago, Chile, FLACSO, 1982), es la reflexión más creativa y completa sobre la mujer chilena no es, en absoluto la primera.

Hubo investigación pionera anclada en aspectos parciales que criticaron la discriminación en el ámbito educativo, en el trabajo o en la familia así como una serie de publicaciones derivadas de una práctica feminista que la precedieron.

Lo curioso es que el origen del movimiento y de la reflexión sobre

la mujer a fines de siglo no es a partir de ellos.

El éxito del trabajo de Kirkwood en los medios académicos y su impacto directo en la formación del movimiento feminista actual puede ser explicado por el análisis crítico que desde el feminismo hace la izquierda tradicional en la época posterior al golpe de estado, pero sobre todo porque ubica la discusión sobre la mujer en un tema que es central en la definición de la identidad de los chilenos: la política.

El trabajo de Julieta cuestiona las bases del ejercicio del poder político y reivindica la constitución del sujeto femenino a partir de este espacio, responde, de hecho, a características propias de la sociedad y de la política chilenas que vale la pena recordar pues no sólo dan una orientación a su obra sino que marcan gran parte de la producción feminista posterior. Quizás el sello común es la importancia, explícita o no, que tiene la política en la identidad del sujeto público en Chile y como lugar de negociación y enfrentamiento entre actores, agentes que presentan intereses o proyectos distintos.

Esta dimensión política sobreprivilegiada, transforma a categorías sociales en figuras públicas y les otorga legitimidad para influenciar decisiones que afectan

colectividades completas. En este clima socio-cultural la mujer no podía quedar fuera. Precisar el análisis de su participación en la sociedad y en la política nacional no era ni es tan fácil. Julieta logró detectar algunos de los nudos del conocimiento y de la práctica de la mujer, pero no hay duda que allí hay aún muchos enredos que es necesario desenmarañar y que la política es uno, entre otros. Pues es evidente que en Chile, como en cualquier lugar del mundo, existen niveles y ámbitos, distintos a la política, que de manera compleja están influyendo en la condición de la mujer y posibilitan su trascendencia como sujeto.

En este intento han participado numerosas investigadoras que han enfrentado el problema desde niveles y perspectivas diferentes. Los trabajos están influenciados por la postura ideológico-partidaria de sus autoras, aunque en todas ellas existe la voluntad de rescatar el papel desempeñado por las mujeres en el desarrollo de la sociedad y la necesidad de plantear alternativas a la participación femenina.

Es interesante hacer notar que los trabajos realizados durante los años dolorosos de la dictadura contienen una tremenda esperanza en la recuperación de la democracia política. Pareciera que las chilenas hubieran hecho una profesión de fe, en el sentido de es-

perar que los partidos y los distintos agentes políticos les reconocieran el papel y el significado de su lucha durante la época de la represión y del silencio. Y digo profesión de fe porque la historia de la participación política de la mujer nos enseña que ella es visible y reconocida como actor político en períodos de represión o en procesos de tránsito a la democracia, y es olvidada o borrada de la escena en que los procesos se institucionalizan. Al parecer ésta se produce lentamente, cuando la sociedad en su conjunto alcanza la ciudadanía y la igualdad y la libertad se constituyen en valores generalizados y legítimos.

Hoy, una amiga talentosa cuya vida adulta se desarrolló prácticamente durante la dictadura me escribe una carta donde dice: "la democracia que vivimos es extraña pues hay mucha continuidad con el período anterior en la política económica, pero sobre todo es esta política de 'acuerdos y consensos' que nos deja a veces perplejas. Es posible que así sean las transiciones, pero el hecho es que seguimos con auto censura y que las mujeres hemos perdido mucho de lo conquistado.

La creación de SERNAM (Secretaría Nacional de la Mujer) ha sido la piedra de tope, el elefante blanco, la osificación de las ideas y de la

acción pues las políticas estatales son puro parche". La percepción de esta feminista, comprometida con la lucha contra la dictadura, con la democratización del país y con un proyecto popular, podría estar influenciada por acontecimientos coyunturales. Sin embargo, es muy probable que tenga razón pues sus observaciones corresponden con lo que ha sucedido en procesos similares. El caso de las mujeres en Chile no es único pues numerosos sectores sociales que se comprometieron con la democracia tampoco han logrado insertarse en términos positivos en el proceso de institucionalización.

Aun cuando el movimiento feminista hoy tenga dificultades para insertarse en un proceso donde domina el pragmatismo político y donde las utopías se rechazan con una exagerada fuerza, quizás porque en el pasado no lejano la mayoría de los políticos creyó en ellas, hay que subrayar que las mujeres lograron en el campo de las ciencias sociales y en la creación literaria una producción intelectual mayor que en todos los años anteriores.

Esta producción se llevó a cabo en pequeños grupos, algunas veces financiados por agencias externas, otras animados por la voluntad de conocer. Y este detalle tiene quizás, un valor sociológico,

que valdría la pena evaluar para el largo plazo. La posibilidad de trabajar en espacios informales, no institucionalizados probablemente favoreció la creatividad de las mujeres, pues ellas lo hicieron a su ritmo, de acuerdo a normas en las que hubo consenso y sobre todo el trabajo se realizó en función de un proyecto con el que se tuvo un compromiso.

No es posible desde México hacer un recuento sistemático y completo de la producción de los últimos años, me limitaré a reseñar brevemente algunos libros enviados por amigos y parientes o comprados en algún viaje.

Ejemplo de estos trabajos es *Queremos Votar en las Próximas Elecciones* escrito por Claudia Rojas, Ximena Jiles y otras autoras. (Centro de Estudios de la Mujer, Fempress, La morada, Santiago, Chile, 1986).

El título de este libro rescata una de las consignas reivindicadas por las feministas chilenas desde principios de siglo hasta la conquista del derecho a voto, el año 1949, que reaparece a fines de los ochenta como una reivindicación generalizada y compartida con los hombres.

El libro, que sirvió de tesis de licenciatura a sus autoras, tiene una frescura impresionante. Va a los archivos, consulta periódicos, cita panfletos y discursos hasta ese momento desconocidos, basa sus afir-

maciones en entrevistas realizadas con las escasas participantes vivas de una serie de grupos y federaciones, como el Movimiento Pro Emancipación de Mujeres de Chile (MEMCH) o la Federación Chilena de Instituciones femeninas (FECHIF). Se mueve entre un pasado lejano y un pasado conocido de la historia política nacional reconstruyendo toda una trama de esfuerzos y de luchas femeninas que jamás nos fue enseñada en las clases de historia. Este pequeño trabajo, nada pretencioso, escrito desde un pupitre universitario, se transformará en una referencia indispensable para la historia de la participación de la mujer en Chile.

Mundo de Mujer. Continuidad y cambio (Centro de Estudios de la Mujer, Santiago, Chile, 1988) corresponde a un proyecto colectivo encaminado a diagnosticar las formas concretas que asume la discriminación de la mujer en torno al empleo, la educación, el derecho, la cultura, las organizaciones sociales y la política.

Los distintos artículos están marcados por la obsesión de pensar la situación de la mujer en la dictadura, que irrumpe y rompe con un modelo de acumulación y ciertos patrones históricos de incorporación al desarrollo. Ello se percibe en la estructura de todos los artículos, cualquiera sea su disciplina de origen, pues logran una

metodología común basada en el método comparativo, impuesto por las circunstancias. Así "el antes" y el "después" (del golpe de estado) se transforma, naturalmente, en el método para analizar la condición de las mujeres en la sociedad nacional.

El resultado es digno de alabarse ya que los trabajos logran un diagnóstico muy completo al remontarse, en la mayor parte de los casos, a los años cincuenta e incorporar la noción de relaciones de género a la teoría del desarrollo. La idea de las autoras al utilizar esta perspectiva es descubrir los elementos y relaciones cuya presencia es histórica, de largo plazo, y detectar los que surgen como efectos del período militar, reforzando o recreando la posición secundaria y subordinada de la mujer en la sociedad.

No hay duda que sería de gran utilidad revisar este volumen para realizar estudios semejantes en otros países de la región. Lo que impresiona al lector/la lectora es que tuvieron que pasar más de 10 años para que investigadoras de bastante prestigio y buena formación se repusieran del "golpe" (de estado) y de sus consecuencias y logran la serenidad necesaria para identificar algunos de los obstáculos y desafíos que plantean en Chile las relaciones de dominación de género.

Así como *Mundo de Mujer, Continuidad y cambio* se propone un diagnóstico sistemático, desde las ciencias sociales, *Tramas para un Nuevo Destino* editado por Josefina Rossetti y Sonia Montecino (Aranjibia Hnos., Santiago, Chile, Junio 1990) resume las propuestas de un sector organizado de mujeres (Concertación de Mujeres por la Democracia) al futuro gobierno democrático.

En efecto, después del triunfo del NO en el plebiscito de octubre de 1988, mujeres —militantes o independientes, que se identificaban con la lucha por los derechos de la mujer y que compartían la propuesta de la Concertación de Partidos por la Democracia, formularon un programa para la mujer en el futuro gobierno.

El libro resume propuestas en distintos ámbitos, las cuales presentan niveles de reflexión también diversos. El valor del trabajo como conjunto radica en que se trata de un intento por considerar a la mujer tanto en la formulación de políticas públicas como en sujetos de estas políticas.

Valdría revisar estas propuestas para ver cuan aplicables serían en otras circunstancias y países con el fin de ir creando plataformas comunes. Uno de los puntos que se propone en este programa es la creación de una Oficina Nacional

de la Mujer. Ella fue instrumentada por el gobierno del presidente Aylwin con el nombre de Secretaría Nacional de la Mujer, y a su directora se le otorgaron posteriormente facultades equivalentes a las de un secretario de estado.

Se trata de una plataforma institucional que ha producido críticas de parte de las militantes feministas. Este tipo de oficinas de la mujer también existen en Argentina, Brasil, Costa Rica, y quizás en otros países. Se hace indispensable aquilatar estas experiencias para obtener una perspectiva equilibrada y saber hasta donde estas oficinas responden a las demandas de la mujer y hasta que punto constituyen una respuesta a los políticos que con ello dan por resuelta la problemática femenina. La respuesta no puede ser mecánica. Requiere de un análisis serio y minucioso, que considere tanto la situación socio-política de cada país, la correlación de fuerzas así como la capacidad de estos organismos para procesar los problemas que enfrenta la mujer y su aptitud para influir positivamente en su resolución. Se trata de una enorme tarea que deberíamos llevar a cabo a nivel regional porque influye en la definición de las estrategias a corto plazo del movimiento feminista y de mujeres.

Finalmente, me gustaría mencionar un trabajo que quiebra con

el patrón de estudios de la mujer, definida a partir de la esfera política. Se trata del trabajo de Sonia Montecino *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno* (Ed. Cuatro Propio— Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, Santiago, Chile, 1991). El libro está formado por tres ensayos antropológicos, que reflexionan sobre la identidad y la cultura chilena.

Sonia Montecino es una doble transgresora. De una parte quiebra el tradicional enfoque de la mujer, poniendo en duda no sólo la importancia de la política como lugar de definiciones básicas del chileno y de la chilena sino también cuestiona los análisis feministas, creados en base a experiencias culturales totalmente distintas, la de los países desarrollados. De otra se propone tratar la identidad de la mujer y del hombre, rompiendo con el orden simbólico presente en esa sociedad, donde el código impone una máscara a las relaciones de clase, entre géneros, generaciones y trata de borrar la presencia del indio.

La autora se propone “limpiar los trapos sucios fuera de la casa” y de hecho, hace públicas una serie de prácticas, como la relación madre soltera y su hijo —el huacho—, el marianismo propio del continente latinoamericano, el papel simbólico de estos seres deso-

bedientes y marginales de la sociedad chilena como “la china”, el “lacho”, “la nana”.

Se trata siempre de temas que el orden niega a través del emboscamiento, el disimulo y el culto de la apariencia, tan propios de la cultura chilena.

La autora también está preocupada por los orígenes, por la identidad de hombres y mujeres, por la forma en que se conforma lo masculino y lo femenino. Y para encontrar y construir las raíces recurre a la historia, a los mitos, al discurso popular.

El resultado provisorio es que lo femenino de nuestra identidad esta impregnado por la noción y la presencia de la madre y lo masculino por una orfandad de padre, por una bastardía que se construye a partir de un mestizaje que hoy los grupos dirigentes “blanqueados”, quieren borrar de nuestra identidad.

La lectura de este libro es un placer porque la autora maneja un estilo literario poco común, en trabajos antropológicos y porque rompe con los enfoques tradicionales, que situaron la identidad de la chilena en el espacio de la política. Si bien esa tarea fue indispensable en la medida que lo político fue y es un eje de definiciones privadas y públicas, el trabajo de Sonia Montecino muestra

que el tema lejos de agotarse allí, presenta posibilidades de reelaboración en la esfera simbólica y cultural. Se trata de una perspectiva muy poco utilizada por las ciencias sociales del país en los estudios del género, que por tradición han estado marcados por un acercamiento empiricista y muchas veces pragmático en la medida que la investigación se orienta a la formulación de estrategias políticas o de programas de desarrollo.

Por eso es posible asegurar que el trabajo de Sonia Montecino da nuevas claves para el estudio del género y pensar que en Chile, el análisis de mujeres y hombres pronto superará los enfoques de la subordinación y la obsesión por la política para desarrollar interpretaciones más complejas, ancladas en la cultura y en la sociedad nacional.

María Luisa Tarrés